

Era ese el final de un día nublado, de esos que están siempre por dejar caer un auténtico diluvio sobre la tierra pero que al final no termina de caer. Un relámpago silencioso iluminó las fachadas como si el día lanzara un estertor agónico antes de desaparecer ahogado por la sombra de la noche. Unos pestillos hicieron el característico click al dejar de asegurar la puerta de una de las casas de aquel lugar y la figura que se recortaba contra la penumbra desapareció tras ella.

Con otros clicks Johana aseguró de nuevo la puerta y se alejó de esta como si quemara. No sabía por qué sentía esa extraña pesadez siempre que entraba en esa casa, y ya no veía la hora de largarse de allí. Todo había ido de mal en peor en esa casa; nunca dejaba de hacer frío, así el clima estuviera a treinta grados allá afuera. Siempre sentía una presión en los oídos, como si estuviera sumergida en agua. Y esa pesadez, era tan acuciante que sentía la necesidad casi básica de arrastrar los pies para caminar.

Se fue hasta su habitación y cogió de la cómoda un frasco de antidepresivos que le recetó el médico, se tragó un par de grageas y se metió al cuarto de baño; tal vez una ducha caliente le ayudará con aquel frío que le pisoteaba el espíritu.

No funcionó.

El agua que corría por su cuerpo le recordó aquel calor, y enseguida dejó escapar lágrimas amargas cuando la imagen de él apareció ante ella dibujada entre la bruma que provocaba el vapor de la ducha.

Un ruido en la casa le alertó, sacándola de sus pensamientos.

Se colocó el albornoz y salió. Caminaba despacio por el silencioso pasillo; se veía normal, igual que siempre, pero había algo extraño, era como si todo estuviera envuelto en una débil bruma, casi invisible, pero absolutamente presente, y un eco que parecía perderse en este mundo y regresar desde otro muy lejano.

Al llegar a la cocina lo vio de nuevo.

Su rostro radiante, su expresión descuidada igual que la barba que a veces se dejaba; sus brillantes ojos café le miraron y ella se quedó paralizada.

Todos los recuerdos de la muerte habían sido sepultados en el mismo sarcófago que él, pero su recuerdo seguía ahí, inamovible, eterno.
-Joseph!- dijo. Él se volvió.

-ahí estas, amor- escuchó, la voz parecía llegar desde otra habitación, aunque él estaba ahí frente a ella. Se acercó con dos copas. Dejó una sobre la mesa y se quedó con otra, apoyándose contra el marco. -te ves hermosa- volvió a hablar. Ella no pronunció palabra. -ya no podemos seguir así, sabes que nuestro destino es estar juntos. Ven- le dijo, señalando la copa en la mesa. - bebe y déjate llevar. Al amanecer estarás conmigo y nadie podrá separarnos nunca más.-

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, mas las contuvo con un hondo suspiro y se movió. Tomó la rebosante copa sin apartar la vista de él y bebió.

El vino era amargo, y le hizo sentirse relajada de pronto. Un calor delicioso recorrió su cuerpo mientras el rojizo licor bañaba sus entrañas. -eso es!- le decía. La miraba con intensidad, expectante. Comenzó a acercarse, ella apuró la copa. La dejó caer cuando sintió su brazo rodearla por la cintura, y el estrépito del cristal desgarró el silencio.

Un beso apasionado, húmedo, profundo la envolvió, y el calor de su cuerpo pareció rebelarse contra el frío de la casa, aislándola en una burbuja protectora. -ya no temas- continuó diciéndole, mirándola fijamente, y la condujo a la habitación.

Ella dejó caer el albornoz, dejando al descubierto su cuerpo. Un largo cabello castaño adornaba la delgada belleza de su suave piel canela. Volvió a sentir sus manos acariciando su rostro y luego, en un arrebato de lujuria contenida, le tomó del cuello y le besó intensamente mientras acariciaba sus brazos y su pecho desnudo. Cerró los ojos saboreando aquel momento, y se perdió en una tormenta infinita de sensaciones sin forma ni espacio ni tiempo.

Luego, todo fue oscuridad.